NO PIERDAS NADA POR MIEDO A PERDER

María Granados Pacheco

39

Iznájar, 2017

NO PIERDAS NADA POR MIEDO A PERDER

MARÍA GRANADOS PACHECO

39

—

2017

No pierdas nada por miedo a perder

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ Puerta del Rey, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com

Depósito legal: CO-847/2017

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2017
Categoría Infantil
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
María José Núñez Villalba
Juan Ramos Sánchez

Miré por la ventana aun desperezándome y, a pesar de que había sol, yo lo veía todo más nublado que nunca. No encontraba ningún motivo por el que levantarme pero, a pesar de ello, decidí hacerlo tal y como lo hacía todas las mañanas. Total, ¿a quién le importa cómo yo me sienta? Me odiaba a mí misma. Me aterraba la idea de tener que mirarme al espejo y ver el mismo rostro nauseabundo cada mañana. Prometía una y otra vez que haría lo que fuese necesario por cambiar esto, por quererme más a mí misma, pero, ¿de qué sirven las promesas si no puedes cumplirlas?

Yo pensaba que ese día era igual que los demás, pero me di cuenta de que me equivocaba. Todo empezó como empezaba siempre. Me senté en el mismo banco, sola, como lo hacía todos los días; miré a Aitor, estaba tan guapo como siempre. Era un muchacho de mediana estatura, ojos claros y pelo negro. Por un instante noté que nuestras miradas se cruzaron y me ilusioné con algo que desde el principio sabía que no se podría. ¿Quién se puede enamorar de alguien como yo? Me sobran algunos kilitos, llevo gafas y encima soy muy tímida. Mi única virtud es que soy bastante inteligente y, en ocasiones, pienso que sería mejor no serlo. Mis compañeros solo se acercan a mí para pedirme los deberes o para hacerme alguna broma de mal gusto. Ya estoy cansada.

A medida que pasa el tiempo me voy dando cuenta de que no soy feliz. A veces pienso que es por mi edad, que soy

tan bipolar como la mayoría de adolescentes; otras, pienso que es porque yo no quiero y, que si quisiera, podría serlo. Pero sigo desconociendo la causa, la verdadera razón que me impide sentir euforia con las pequeñas cosas de la vida e ilusionarme como lo haría cualquier niña de mi edad. A veces me siento un bicho raro, como si nadie fuese capaz de entenderme. Me he llevado tantas traiciones que prefiero apartarme de la gente para no volverme a equivocar. ¿Qué más da si me llaman huraña o antisocial? Aitor es el único que nunca me ha fallado. Tal vez sea por lo poco que lo conozco y me relaciono con él, pero para mí sigue siendo una persona especial, diferente al resto.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos que casi no oigo el timbre. Me dirigí apresuradamente hacia clase pero, cuando llegué, solo había un sitio libre al lado de Aitor. Me senté intentando ocultar

el rubor que surgía de mis mejillas, y saqué el libro de matemáticas. Sentía como mi corazón se aceleraba e intentaba esquivar su mirada para no empeorar la situación. Me bloqueé de tal manera que me fue imposible articular palabra en toda la hora; ni siquiera pude atender a las explicaciones del profesor. Parece mentira que no sepamos actuar en las situaciones que más deseamos que ocurran.

Volvía a casa aún dándole vueltas al tema. Mientras, detrás de mí caminaban tres chicas más. Apenas se les podía distinguir el rostro, pero deduje que eran Ángela, Marta y Marina. En ese momento escuché cómo me llamaban, y me giré para ver que ocurría:

-¿Tú quién te crees que eres?-dijo Marta con tono burlesco.

-¿Qué haces poniéndole ojitos a Aitor?-continuó Ángela.

-No sé de qué me estáis hablando, de verdad-dije yo un poco pálida.

-¿Ah, no? Sabemos que estás loquita por él. Se te nota un montón en cómo lo miras.-contestó Marina.

-No te hagas la tonta; o lo dejas en paz o ya verás. Si es por ti, niñata. No te conviene hacerte ilusiones, él nunca si fijará en una gorda como tú -continuó Marta.

- ¿Nos entiendes o quieres que te lo expliquemos de otra manera?- indicó Marina en tono agresivo.

- Sí, lo entiendo- conseguí decir aguantando las lágrimas.

-Así me gusta, niñata-dijo Marta marchándose con Ángela y Marina.

Continué el camino reteniendo las lágrimas, pero llegó un momento en que me fue imposible seguir. Me senté en un banco y me sequé las lágrimas que empezaban a salir de mis ojos. Me quedé unos segundos

intentando calmarme y, finalmente, decidí levantarme y seguir caminando.

Llegué a mi casa al fin. Me encontré una notita en la mesa en la que mi madre decía que no estaba. Probablemente estuviera con mi abuela, que había enfermado en estos últimos días. Abrí el frigorífico y cogí las sobras del día anterior, ya que aún no sé muy bien cocinar. En cuanto terminé me fui a mi habitación. Deseaba tanto que ese día acabara ya, que decidí irme a dormir antes de que anocheciera. Al principio no podía dormirme, solo podía darle vueltas a la cabeza. Pero luego conseguí cerrar los ojos e inundar mi mente de paz, dejando atrás todo lo que había ocurrido en ese nefasto día. Ojalá no hubiera ninguno más así.

Amaneció de nuevo. Otra vez la lucha conmigo misma para poder levantarme. Esta vez tenía miedo. Después del día pasado no me apetecía nada ir al instituto de nuevo. ¿Y si me tengo que volver a sentar

con Aitor? No tengo ni idea de qué harían pero tampoco es que quiera saberlo. Desayuné a toda velocidad para llegar lo más pronto que pudiera y me fui diez minutos antes de lo que me solía ir.

Una vez allín estaba más asustada aún. Estaba deseando que sonara el timbre para poder entrar a clase. Marta, Ángela y Marina se encontraban en un banco al lado de mí, con otras dos chicas más. Se les oía murmurar y reír y, de vez en cuando, me miraban disimuladamente como si no me diera cuenta de que lo hacían. No entiendo por qué se pusieron así con lo de Aitor. Tal vez ellas también sientan algo por él. ¿O lo harán simplemente por fastidiarme? No lo sé pero creo que lo mejor sería apartarme de él, por mucho que me duela.

Por fin tocó el timbre. Me dirigí a clase mucho más rápido de lo que me dirigía habitualmente y conseguí llegar la primera. Cuando ya pensaba que ya no podría

pasar nada, el profesor dijo que íbamos a hacer un trabajo sobre el ciclo del agua. Debíamos ponernos por parejas y yo no sabía con quién ponerme. Una vez más mi mala suerte hizo una de las suyas y el único que quedó sin pareja fue Aitor. No tuve otra elección, y me puse con él. Cuando lo hice pude observar cómo las miradas de casi todas las chicas se clavaban en mí. Fue un momento muy incómodo y aunque estaba deseando que se acabara, tenía más miedo de lo que pasara después. Sonó el timbre del recreo y me volví a sentar en el mismo banco de siempre. Marta, Marina y Ángela me siguieron para volver a hablar conmigo:

-Niña, ¿a ti no te queda claro eso de que no queremos que te juntes con Aitor?- preguntó Marta.

-Pareces tonta, la verdad-se burló Marina.

-No me ha quedado otra opción, lo juro- contesté un poco agobiada.

-¡Venga ya!, si hay un montón de gente en nuestra clase. Si tú eres una anti-social no es nuestro problema.-dijo Ángela.

-Te la vamos a pasar porque nos das pena pero, a la próxima te preparas. ¡Te vamos a amargar la vida!-dijo Marta, la líder del grupillo.

Estas últimas palabras se me clavaron en el alma como puñales ardiendo. No me podía creer todo lo que estaban dispuestas a hacer. En ese momento me puse a pensar en Aitor. No sé si es el destino o mi mala suerte pero no me puedo creer que justo cuando no quiero relacionarme con él, tenga más relación de la que he tenido nunca.

Las siguientes horas fueron bastante más normales, lo que me tranquilizó un poco. El problema fue cuando llegué a mi casa de nuevo. Me encontré a mi madre llorando en el sofá y se lanzó hacia mí para abrazarme. Consiguió decirme entre lágrimas que mi abuela había muerto. Yo me

quedé paralizada, no pensaba que fuera tan grave. Empecé a llorar yo también y se quedó todo en silencio, tan solo se oía nuestro llanto. Era como si la vida estuviera en contra de mí, como si me hubiese portado mal y me lo estuviesen devolviendo.

Esa noche me acosté más hundida que nunca; solo quería cerrar los ojos y no volverlos a abrir hasta que no hubiese pasado todo. Sabía que mucha gente estaba peor que yo, pero también había un montón mucho mejor que yo. En ese momento me pregunté el porqué de todo lo que me ocurre últimamente y, como era lógico, no encontré la respuesta.

El día siguiente amanecí con más ojeras que nunca. Tenía los ojos morados e hinchados como si me los hubiesen golpeado. Decidí levantarme y le pedí a la vida que este día no fuese como los anteriores porque yo ya no podría aguantar mucho más. Sentía tanta rabia e impotencia que

terminé explotando. Empecé a llorar pero de un momento a otro todo cambió. Noté como si la vida se estuviese riendo de mí y sentí la necesidad de reírme yo de ella.

Llegué al instituto un poco más tarde que el día anterior pero ya no me importaba tanto. Dejé un poco el miedo aparte, pues ya había recibido muchos mazazos y cada vez me hacía más inmune. Ese recreo me notaba distinta, como si algo hubiera cambiando dentro de mí. Me armé de valor y decidí confesarle a Aitor todo lo que sentía, sin importarme lo que me habían dicho Marta, Marina ni Ángela. Me llevé una sorpresa pues él también sentía lo mismo por mí. Le expliqué lo tonta que había sido al no decírselo antes y lo que pasó con Marta y las demás chicas. Él me comprendió y decidió acompañarme para hablar con ellas y arreglarlo todo:

-Chicas, lo siento mucho, pero yo no me puedo separar de Aitor.-dije yo más relajada que otras veces.

-Pero, ¿quién te ha dicho que te separes de él?- respondió Marina.

-Se lo habéis dicho vosotras, no mintáis.-dijo Aitor.

-Pobrecita, nos debió entender mal-respondió Marta mirándome como si fuese tonta-. Nosotras no le hemos dicho nada así.

-Sí que lo habéis dicho -exclamé yo un poco más alterada.

-Nosotras solo dijimos que se te notaba que te gustaba Aitor; si lo has malinterpretado es culpa tuya- respondió Ángela.

-¿Seguro que no lo has malinterpretado?-dudó Aitor.

-No, te juro que lo dijeron, de verdad-dije yo.

-Bueno, lo dijeran o no eso ya es pasado. Lo importante es que no vuelva a suceder porque el que me lleve bien con ella

no tiene que alterar nuestra amistad.-dijo Aitor.

Aquella tarde descubrí que habían subido un video riéndose de mí a las redes sociales. ¿Cómo pueden ser tan mentirosas? Me entraron ganas de llorar de nuevo pero resistí y decidí esperar al día siguiente para avisar a los profesores. Ellos me dieron consejo y hablaron con ellas para arreglar la situación. Desde ese momento no tengo mucha relación con ellas pero tengo la suerte de que todo terminó bien.

Con el paso de los días me fui dando cuenta de que no sirve de nada estar triste. Comprendí todos esos dichos cuyo objetivo es decirte que debes vivir la vida. ¿De qué te sirve estar mal? Me di cuenta que nos pasamos toda la vida quejándonos y que cuando termina ya no hay marcha atrás; que a la persona que más tienes que amar es a ti misma porque eres a la única que vas a tener que aguantar todos los días; que no te

sirve de nada estar media vida buscando a tu otra mitad si te pasas la otra media intentándola olvidar; que la vida es un vaso de agua que se derrama y ya no la vas a recuperar. En fin, me di cuenta de que como no vivas la vida hoy, a lo mejor mañana ya no podrás.

Excmo. Ayuntamiento
de Iznájar

Publicidad
El Castillo